

los invencibles vencedores de Solferino y de Magenta, y que tú venciste, Zaragoza, enalteciendo, vindicando á tu patria é indicándole la senda de su salvación. . . . Tú debías ser nuestra guía como la nube de fuego lo fué del pueblo de Israel; tú, que eras nuestra gloria y nuestra esperanza. . . . Muerto! ¡Muerto en la flor de su edad, en la aurora brillante de su fama! ¡Horrible, dura prueba para México! Zaragoza espira cuando su patria se alza serena y magestuosa, cuando gracias á su esfuerzo y á su ejemplo, recoge altiva el guante de reto que le lanza la gran nación, ante la que los otros países tiemblan y se humillan, cuidando solo de disimular su humillación. . . . Zaragoza muere, como Moisés, sin llegar á la tierra prometida que divisa en lontananza. . . .

Perdon, perdon por tanto desaliento indigno de tí y de tu pueblo. Tú mismo has de querer que tenga tregua nuestra angustia, y mitigue nuestra congoja la esperanza. Sí, la esperanza es el digno homenaje de tu gloria. Tu espíritu generoso y altivo debe haberse complacido al escuchar junto á tu fosa, pronunciadas por uno de tus hermanos digno de tí, el que quebrantó los rayos todos que la conciencia oprímian, estas nobles y magníficas palabras: "Los hombres mueren, pero un pueblo es "inmortal si le sostienen incesantemente las virtudes de sus hijos." (*) Estas palabras son la espresion de la esperanza que tú aconsejarías, á pesar de los mayores desastres, al sereno piloto que sin mas brújula que el derecho y la justicia, sin mas estrella que su incontrastable constancia, llevó á buen puerto, luchando con la mas deshecha tormenta, la nave de nuestros libertades públicas. Tú aconsejarías tambien la esperanza á ese bravo ejército de Oriente, á quien enseñaste á vencer, á esos ciudadanos armados, gala y prez de la República, sufridos, valientes, patriotas, á quienes amamos como si fueran tus hijos.

Las grandes virtudes salvan á un pueblo: ¿y qué estímulo mas poderoso á la virtud que el ejemplo de tu vida, insigne Zaragoza?

Esperanza! fé y consuelo de los pueblos oprimidos, estímulo del génio y del valor, vuelve, vuelve á henchir los pechos de los mexicanos que necesitan creer en la victoria para alcanzarla, consolidar la obra de Hidalgo y conservar incólume la autonomía de su patria, amenazada hoy por el opresor de la Francia, que para hacerla sufrir su despotismo y engañar á la Europa, tiene que recurrir á lejanas expediciones, á injustas empresas, á bárbaras conquistas, aunque con ellas maneje la honra francesa, y derrame la sangre de su pueblo, como los antiguos Césares para distraer á los hombres que oprímian, les ofrecian el sangriento espectáculo de las luchas del circo entre fieras y gladiadores.—¡Ah! Cuando el emperador y sus cortesanos elaman que el honor de la Francia está comprometido en esta expedición de Lorencillo en grande escala, de Lorencillo con cetro y con corona, engañan á la Francia, mienten á la Europa, insultan al género humano, y los intrépidos soldados franceses que han

(1) Circular del Sr. Ministro de Relaciones D. Juan Antonio de la Fuente de 8 del actual anunciando la muerte del general Zaragoza.

combatido por la integridad de la Turquía, y por la libertad de la Italia, al venir á nuestras playas, no pueden esperar la misma gloria, y al sucumbir, solo pueden esclamar como el desdichado gladiador romano: *Ave, Cesar, morituri te salutant!*

Mexicanos! para narrar el heroísmo y la virtud de nuestros mártires, se necesita el blando y armonioso colorido de Plutarco; para ensalzar su gloria y estimular con su ejemplo vuestro ardimiento en la lucha comenzada por vosotros con tanta gloria, yo quisiera tener el acento robusto é imponente con que Demóstenes movía á la Grecia entera, levantándola como mar embravecido contra la ambición y la injusticia del tirano de Macedonia; y para inspiraros odio, odio inextinguible, horror, sed insaciable de venganza contra los traidores, nefando borron de nuestra historia, yo quisiera esa fuerza de dicción, ese torrente del estilo, esa magia poderosa de la elocuencia que empleó Ciceron para descubrir á los romanos la infamia, el crimen, la perfidia de Catilina, que se hacia aliado y auxiliar de los bárbaros para desgarrar el seno de la República, que acaso, en expiación de todas sus faetas, tuvo la desdicha de verlo nacer.

Pero mi pobre voz es débil, impotente para levantar al pueblo terrible como el huracan que todo lo arrasa, formidable como la tempestad, que recorriendo vagarosa las selvas y los mares, presidida del relámpago, seguida del trueno, agita la naturaleza entera, y emplea el rayo y la centella hasta dejar pura, limpia y serena la atmósfera coronándola con las luces apacibles del arco-iris.

Así quisiera yo que se alzara el pueblo de Hidalgo y de Morelos, el pueblo de Degollado y Zaragoza, terrible, impetuoso, violento, iracundo, intránsigible hasta lanzar de nuestras playas á los invasores, hasta hacerlos huir llenos de opróbio y de vilipendio, hasta exterminar á los traidores, para que el hálito inmundo de un Márquez ó de un Almonte no emponzoñe, no envenene el aire purísimo de nuestros valles y de nuestras montañas, el aire que para renovar su vida han de aspirar nuestros hijos los nietos de los hombres de 1810 y de 1821.

Hé aquí el tributo, hé aquí la corona que sobre sus tumbas piden nuestros mártires al pueblo que hicieron libre: guerra, triunfos, victoria, venganza: hé aquí los únicos laureles dignos de ser ofrecidos á esa noble raza de gigantes que conquistó la independéncia.

¿Queréis ejemplos de valor, de heroicidad, de sacrificio, de resignación á los suplicios del martirio? Aprenderlos en la lucha de once años, contad, si podeis, el número de patíbulos que se alzaban por todas partes: mirad morir en ellos á Hidalgo, á Allende, á Morelos, á Mina y á tantos otros. A millares sucumbieron los patriotas en Granaditas, Guajuato, las Cruces, Aculco, Calderon, Oaxaca, Cuautla, Acapulco; el territorio todo recibe un bautismo de sangre. ¿Queréis ejemplos de sacrificio mayor que el de la vida? Recordad que Hidalgo, Jimenez y Morelos, no solo mueren, sino que son ultrajados como infames, como réprobos y como apóstatas; recordad que en Huichapam el ínclito Villagran, antes que entregar la plaza al enemigo, prefiere la muerte de sus hijos que

ceptible minoría de sábios de *oficio*, que solo le han servido de obstáculo en su marcha.

Este partido, que es el de Hidalgo y Allende, el del Dr. Cos y Quintana Roo, tambien tiene un largo martirologio que comienza con Guerrero, y acaso no ha concluido con Ocampo, Valle y Degollado. Este es el partido de Zaragoza, de Juarez, de Gonzalez Ortega, es el pueblo mexicano amante de la independencia y de la libertad. En este partido abundan ejemplos de heroismo, de valor, de abnegacion, de nobleza, de desinterés y de desprendimiento.

Pueblo que guardas, honras y veneras la memoria de los mártires de la independencia; pueblo que lloras aún sobre la tumba de Zaragoza, reanima tu esperanza; redobla tu ardimiento, salva, asegura por tí mismo y con tu brazo, tu soberanía y tu libertad, tus derechos y tus instituciones. Para eso, tiempla tu alma con el recuerdo de tus padres, con el ejemplo de tus héroes; y jura por la memoria de Hidalgo y por los restos de Zaragoza, sacrificarte, morir, desaparecer de la haz de la tierra, antes que consentir que el invasor te arrebate la independencia.

¡Guerra y libertad! ¡Guerra y union! ¡Independencia ó muerte! sea el grito que resuene en nuestros montes y en nuestros valles, en nuestros volcanes y en nuestros lagos, en nuestras ciudades y en nuestras aldeas. Guerra, sí, guerra muerte al invasor, guerra llena de fé, llena de esperanza! Este clamor del pueblo estremecerá de gozo en sus tumbas á nuestros padres, y á falta de otros bienes, este clamor de guerra será la herencia que dejemos á nuestros hijos, porque las generaciones mueren, pero los pueblos son inmortales, y no puede ser esclava la patria de Hidalgo y Zaragoza.

Guerra, sí, guerra, hasta asegurar la independencia! Comparemos nuestros elementos con los de los insurgentes. Si el grito de Dolores lanzado en 1810 por un párroco de aldea, produjo al fin el vencimiento de la España y la independencia de México, ¿cómo no ha de consolidarla la lucha que comienza con los inmarcesibles lauros del 5 de Mayo? Si un puñado de valientes resucitó á este pueblo del sueño de la esclavitud y lo hizo quebrantar sus cadenas; ¿cómo este pueblo libre, aguerrido, que ha saboreado ya las dulzuras de la libertad, ha de volver jamas á dejarse uncir extraño yugo?

¡Guerra! sea hoy el grito con que honremos la memoria de nuestros mártires. ¡Victoria y libertad! el lauro que juremos colocar sobre sus tumbas, y si nos lo arrebatara la fortuna, prefiramos á la ignominia de la servidumbre, dormir con ellos en sus tumbas envueltos en el sudario de su gloria.

¡Conciudadanos, guerra á muerte al invasor! viva México! viva la independencia! viva la libertad! — DICE.





